

EL ARTE ESPAÑOL VERANEA EN PARÍS

RAMON CHAO

PARÍS.—Chillida, Tapies, Serrano, Pelayo, Feito, Otero, Llorens-Gardy, Guansé, Cesc, Díaz Fuentes...; en cualquier sala de exposiciones, en todo salón estival o en los museos parisinos que se entre, se encontrará con uno —o unos cuantos— artistas españoles. Imposible citarlos a todos; tanto menos detenerse lo debido en cada pintor o escultor. Valga, pues, esta crónica a manera de información sucinta. Y que el turista, entre último tango y gran comilona —o antes— la complete.

De Chillida ya hablamos en un número anterior: su escultura de nueve toneladas, que no se pudo colgar del puente Eduardo Dato por razones de seguridad, pende actualmente de una viga en la galería Maeght, de París.

A los sesenta y tres años, con la serenidad de una obra amplia y ampliamente reconocida, Pablo Serrano se presenta por primera vez en París. Jacques Lassaigue, conservador del Museo de Arte Moderno, descubrió las esculturas de Serrano en 1956, en Madrid. La organización de esta exposición, en su museo, le combla quizá más que al propio Serrano.

No voy a insistir en el análisis de su obra. Moreno Galván lo hizo de forma exhaustiva en estas páginas. Reproduciré la opinión de Lassaigue, para quien «toda su obra está marcada por su voluntad de revelar la dualidad de la creación. Serrano quema las paredes de madera de sus primeros cubos para que sólo subsista el armazón que encierra un espacio privilegiado. Cava la roca para que su dureza proteja el nacimiento en la sombra propicia de un resplandor espiritual. Esta bóveda, acogedora para el hombre, es como un manto aéreo, y las formas que pudiera encerrar siguen los mismos relieves. De esta forma, la materia más dura, piedra o metal, se anima con una sensible dulzura, en una maravillosa aleación.

»A veces, Serrano parece acentuar la fealdad, la monstruosidad de las formas. Es porque respeta la materia en su estado bruto. Quizá nos muestre la escoria de

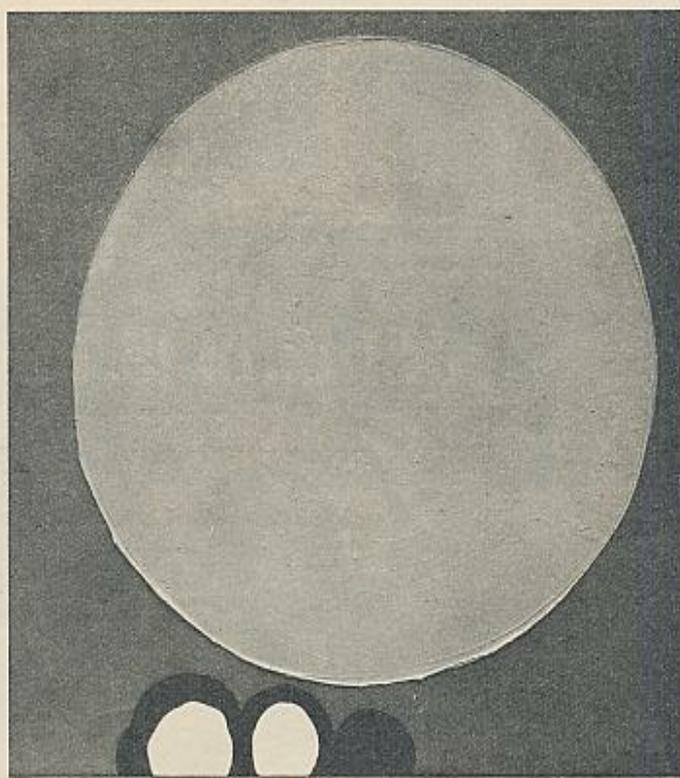
la creación, pero, al mismo tiempo, no se olvida de abrir una ventana en esta masa telúrica, una puerta que gira sobre sus goznes para revelar repentinamente una pureza interior, una luz que brota de la cavidad cuidadosamente pulida»; copiaré también lo que escribió Jacques Michel en «Le Monde»: «Al entrar en la gran sala donde están expuestas sus esculturas, pensamos inmediatamente en la tradición goyesca, en un expresionismo retenido».

Sin duda, Serrano tiene mucho que decir y que callar. Por eso, su obra encierra ese mensaje que hay que descifrar: un cubo desaparecido (quemado) da pie a mil irradiaciones espaciales. En el centro está la ausencia y, por consiguiente, la «presencia» de esa ausencia. Jacques Lassaigue concluye: «El arte de Serrano vale tanto por lo que muestra como por lo que oculta; por lo que revela directamente, como por lo que se filtra, a veces inconscientemente, de su realidad misma. Como las figuras que crea, Serrano abre su corazón. Y un mensaje surge de las profundidades, incluso si la puerta está cerrada».

Pelayo

Pelayo es, en la faceta de la celebridad, lo contrario de Serrano: muy estimado en Francia (es uno de los más prestigiosos del grupo Pintores de París, y en 1955 obtuvo el Premio Othon Friezs), es injustamente poco conocido en España.

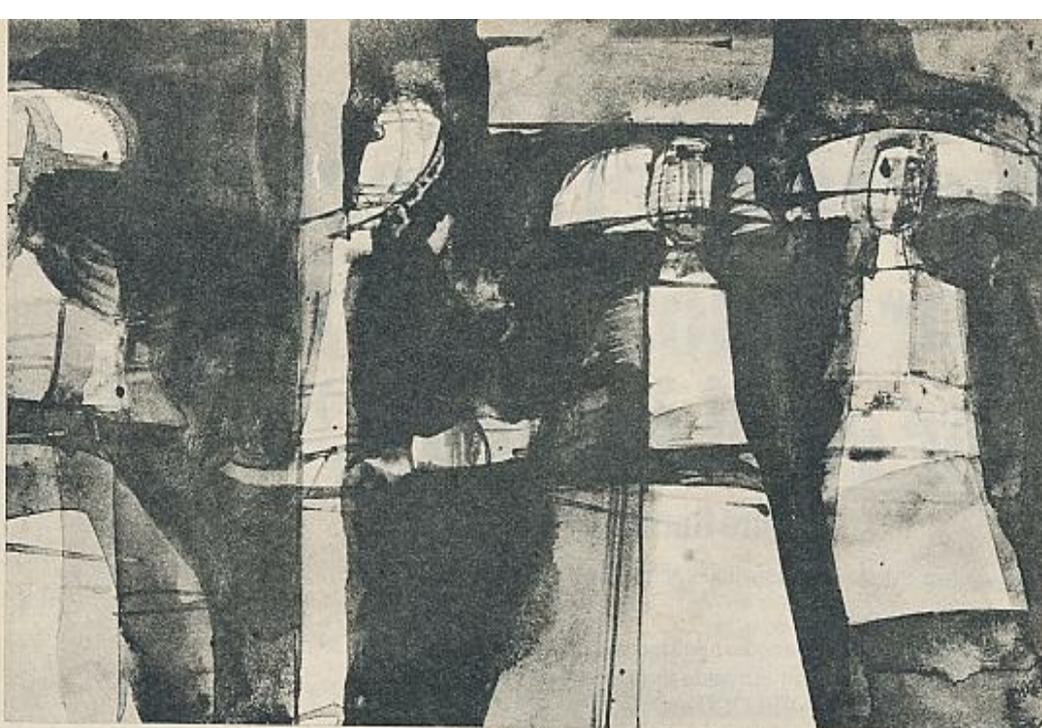
¿Las razones?: Pelayo nació en Asturias en 1920. Muy joven, víctima de nuestra guerra civil, tuvo que exiliarse. Primero en Argelia, donde sufrió los campos de concentración; luego en París, donde pudo dedicarse, al fin, a la pintura. Su trayectoria se desarrollará siempre dentro de los circuitos franceses. No por ello dejará de hacer una pintura esencialmente española, tanto por su contenido como por su forma de expresión. Los colores de su primera época son los de los paisajes asturianos o manchegos (donde



Feito.



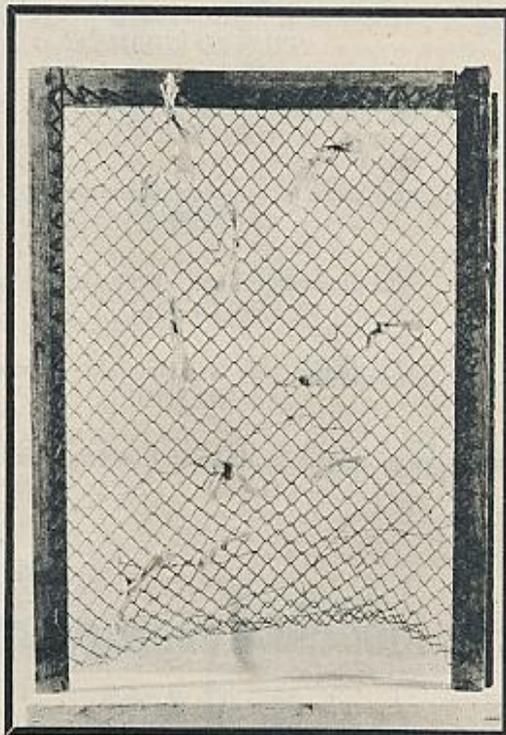
Serrano.



Pelayo.



Cesc.



Tapies.

vivió también unos años): es una pintura geográfica, con largas colinas sinuosas, colores vivos y fulgurantes. Fue evolucionando hacia una libertad meditada, una organización armoniosa del espacio, donde introdujo nociones de nostalgia, de ausencias y de rabia. Hoy es, con Saura, Tapies y el desaparecido Millares, uno de los mejores representantes de una abstracción que encuentra sus mejores elementos en la realidad —en la realidad nacional—.

Así, sin abandonar los colores luminosos, se inclina más hacia los ocres y los claroscuros cuando evoca a personajes de nuestra

historia, de nuestra literatura o de nuestra leyenda (Mariana Pineda, la Vieja madrileña, los celtibéricos); cuando busca una equivalencia entre la pintura y el carácter del personaje.

Expone Pelayo en la galería La Felouque, dentro del marco del Festival del Marais.

Feito

Feito lo hace también en el Marais, en la galería Steel. Es, de los españoles de la Escuela de París, el que se ha ido hacia la abstracción más pura —o la más

pura abstracción—. Ninguna anécdota en sus cuadros. Únicamente efectos de materias y colores, con una apariencia superficial de sensualidad pagana. Estas y otras son las pretensiones de Feito: su lírica voluptuosa, sus discos luminosos que rondan por el espacio, con fondos rojos y negros (es su última producción «pos-abstracta»), aspiran a provocar una inquietud metafísica.

Tapies

Ninguna metafísica le queda ya hoy a Tapies, cuya obra retros-

pectiva expone el Museo de Arte Moderno. Si se pudo hablar de su misticismo, de su austeridad, de su silencio o de su contemplación, esta muestra general nos ilumina sobre su verdadero y continuo proceso: materialista es ahora como lo era cuando empezaba con el surrealismo y con «collages», y ello tanto por los medios utilizados como por los conceptos que quiere expresar. Su evolución le ha llevado, con toda lógica, adonde tenía que llegar, mal que le pese a muchos de los que fueron sus fervientes admiradores: al «arte pobre». De la misma forma que hoy Tapies se identifica con todos los residuos de la sociedad y clama su desprecio por el arte oficial burgués al exponer retales viejos, sillas rotas, armarios repletos de ropa sucia, igual hacia cuando reproducía muros carcomidos y pintarrajaba periódicos que mala información le daban.

Hasta ahora, una obra poseía un valor emotivo independientemente de su colocación en un lugar particular. Hoy, cuando una obra es voluntariamente grotesca —como lo son las últimas de Tapies—, alcanza todo su valor precisamente en un museo. No sólo por las razones antedichas (rechazo de los valores establecidos, identificación con lo humillado, etcétera), sino también por suponer una interrogación sobre la validez de los medios de expresión. En lo referente a Tapies, dice Pellicer que su «arte pobre» está engendrado más bien por el ambiente que le rodea. Sus objetos tienen sentido por eso: porque están comprometidos con él; porque son testigos de cargo. Todo esto está luminosamente evidente en esta exposición retrospectiva.

Cesc

Cesc, que expone en la galería de Saint-Germain-des-Près, La Galère, nada tiene que ver con los anteriores. El dibujante de chistes acerados de «Noticiero Catalán» y de «Serra d'Or» domina la técnica del grabado, del aguafuerte y de la serigrafía. Directamente figurativo, Cesc nos presenta al hombre apabullado por la sociedad industrial y por el exceso de la información dirigida. La ternura y la bondad priman sobre la agresividad. El verdadero Cesc está en sus grabados.

■ R. CH.